

Respetar los misterios de esa nube
Que al Tepeyac desde la esfera baja:
En su seno tal vez algún querube
En pro del hombre con afán trabaja;
Puede que sirva, si al Empíreo sube,
A un bienaventurado de mortaja;
Pero el milagro que á tu vista ofrece
Respeto y no curiosidad merece.

Que, si pretendes ser águila altiva
Las poderosas alas sacudiendo
Y de las gracias en la vena viva
La inspiración seráfica bebiendo,
Verás cual tu soberbia te derriba,
Y despeñada ruedas con estruendo
Sobre la tierra, do sus cuerpos viles
Arrastran perezosos los reptiles.

Reptil serás, como tu audacia hinchada
Deponiendo, al sagrado no te acojas
De la bondad divina y con templada
Mano la rienda á tu altivez recojas:
Haz que al son de la lira consagrada
Vibren del árbol de la fé las hojas,
Y en vez de hablar de altísimos arcanos
Canta lo que perciben los humanos.

CANTO III.

Sin firmeza de sólido cimiento
Sobre la tierra de verdor desnuda
Una serie de chozas tiene asiento,
De ramaje ruin fábrica ruda,
Recortando el azul del firmamento
De sus techumbres con la arista aguda,
Entre las cuales su espiral enreda
Al subir del hogar parda humareda.

Con anchas hojas el maguey robusto
Del suelo rompe los avaros senos,
Y allí sus brazos al usado gusto
Brinda de savia embriagadora llenos;
Allí entristece con verdor adusto
El nopal espinoso los terrenos,
Y allí naturaleza nada cría
Que brinde á los sentidos alegría.

La amarilla y escualida Pobreza,
Vigilante al umbral de cada casa,
Dobla de las fatigas la aspereza,
Las fuerzas rinde y el sustento tasa,
Y en alardes de indómita fiereza,
Larga de males y de bien escasa,
Hace del hombre con su torvo ceño
Triste la vela y fatigoso el sueño.

Allí las formas que del busto humano
Con blanda redondez y toques fieles
En duro mármol la ingeniosa mano
De Fidias reprodujo y Praxiteles,
Con la tortura y el rigor tirano
De fatigas continuas y crueles
Difieren como cedro de retama
Del bello cánon que al artista inflama.

La enjuta cadavérica mejilla
Que el anguloso pómulosombrea,
El ojo que en su cuenca incierto brilla
Y con débil mirada titubea,
La cabellera que la frente orilla
En profusion enmarañada y fea
Y con yerta guedeja la sien cubre,
Todo miseria y abyección descubre.

La inteligencia, rayo peregrino
Del padre de las cosas emanado,
Perdido allí su resplandor divino
Resbala por él el cerebro embotado
Sin que en él halle de brillar camino,
Como una luz que en el cristal helado
De cenagoso estanque se refleja
Y rastro en él de su vibrar no deja.

¿En qué piensa esa gente combatida
Por los rigores de la aciaga suerte?
¿Qué dicha en su existencia carcomida,
Qué blanca flor en su camino advierte?
Espulsos del banquete de la vida,
Negados al abrazo de la muerte,
¿Qué tiene que esperar para mañana
Ese tizon de la desdicha humana?

¿Por qué quieren vivir? Su vida es esa
Y esa siempre ha de ser. ¿Por qué prefieren
Al tranquilo reposo de la huesa
La negra angustia en que gimiendo mueren?
¿Tal vez los tiros de la suerte aviesa
Nunca en el blanco su esperanza hieren,
O se niegan las peñas intratables
A quebrantar sus frentes miserables?

¿Niega á sus cuerpos el vecino lago
Tumba insegura de movable arena?
La tempestad cuando con rudo amago
Del Anahuac los límites atmena,
¿Por qué no asalta con feroz estrago
A esos que el mundo á padecer condena,
Y de sus chozas que el nopal oculta
En los leves escombros los sepulta?

Mas felices serian, que la parca
Amiga faz en sus rigores muestra
A quien su impura é indeleble marca
Grabó en la frente del dolor la diestra;
Para quien es cuanto su vista abarca
Campo de duelo y de afliccion palestra,
Y la esperanza un erial privado
De cuanto brinda al corazon agrado.

Mas no.... ¡Silencio! No con maldiciente
Lengua infamemos lo que Dios permite,
Por mas que el espectáculo doliente
De la miseria el corazon irrite:
No en laboriosa resignada frente
Nuestra palabra el desaliento escite,
Ni á la miseria que bendijo el cielo
El suicidio ofrezcamos por consuelo.

¿Sabes acaso, inteligencia osada,
Que mas allá de tu mézquina esfera
Hay un ser que la máquina agitada
De la fortuna templea en su carrera,
Y que en esa que ves pobre morada,
Que una llovizna deshacer pudiera,
Cabe mas dicha en reducido espacio
Que en los salones del mayor palacio?

Es la Piedad incomparable amiga
Que se calienta en el hogar del pobre,
Y el puro afecto que en su seno abriga
Traslada en él para que dichas obre,
Y la oracion los ánimos mitiga
Por mas que en ellos el despecho sobre,
Cual la aridez benéfico destierra
Abono pingüe en esquilhada tierra.

Esa gente que veis es ya cristiana;
Bajó la luz sobre su frente y vieron,
Y de Dios en la fuente soberana
Consuelos mil con avidéz bebieron:
La esperanza esas almas engalana
Que los abrojos de la vida hirieron,
Cuando con santa mansedumbre imploran
Al que dijo: ¡Benditos los que lloran!

Ayer de un Dios informe y sanguinario
Goteaban con sangre los altares,
Y era su templo detestable osario
Henchido de osamentas á millares:
Hoy la víctima augusta del Calvario
Da con su amor consuelo á los pesares,
Y respondiendo á su plegaria pía
Los tesoros del bien al hombre envía.

Por eso el macehual infortunado
De sus desdichas el rigor tolera,
Que es su existencia un paso, y este dado,
Tras él las glorias del Eden espera:
Purgan las privaciones su pecado,
Y los abrojos de la suerte fiera
No turban de su espíritu la calma,
Herido el pié, pero gozosa el alma.

¿Veis ese pobre indígena? En su vida
Día no hay que privacion no cuente,
Y morirá mañana en su guarida
Como muere en el surco la serpiente:
Pues bien, en esa alma que Dios cuida,
Pequeña al parecer, triste y doliente,
Mas alegría y bienestar se encierra
Que en las vuestras, felices de la tierra,

Antes en su ignorancia vejetaba
Como el hongo en el suelo: de su pecho
Ninguna aspiracion se levantaba
A esclarecer su porvenir estrecho.
A su cansada vista presentaba
La vida un erial, la tumba un lecho,
Do en la paz de la nada dormiría
Y nunca ensueños de dolor tendría.

Era en su alma la virtud divina
Planta salvaje sin olor ni riego;
Su esperanza romero que camina
De espeso bosque en el recinto ciego,
Y entre punzantes matas peregrina,
Y mas tupidas las encuentra luego,
Y nunca á sus miradas se revela
El fin que busca ni la luz que anhela.

Lloraba alguna vez sin que pudiera
Adivinar los méritos del llanto,
Que nunca vió promesa placentera
De eterno bienestar en su quebranto:
Oraba alguna vez sin que supiera
A quién su ruego dirigir, y en tanto
Del tiempo inestable, á la sazón prevista
El instante llegó de la conquista.

Y el indígena vió como humillaba
El antiguo señor su hueste fiera
Ante una gente estraña que llegaba
De aspecto altivo y condicion guerrera,
Y como por do quier con fuerza brava
Atiza Marte su voraz hoguera,
Y como al aire desplegado brilla
El morado estandarte de Castilla.

Y vió de las deidades nacionales
Sembrados los fragmentos por el suelo,
Cual lanzan los torrentes invernales
Por el campo pedazos de su hielo:
Y morir de su culto las señales
Vió sin sentir quebranto ó desconsuelo,
Que poco que cayese le importaba
Un Dios que alivio á su penar no daba.

Las ceremonias vió del culto nuevo
Y de la nueva Cruz los esplendores,
Y el macehual, á la sazon mancebo,
Sintió á su vista místicos amores;
Dió de la gracia el cariñoso cebo,
Miel á su labio de celestes flores,
Y cayó como luz en el abismo
Sobre su frente el agua del Bautismo.

Las máximas oyó de la doctrina
Que el Verbo Eterno á los mortales dijo,
Leccion de amor que nadie por divina
Pudo decir sino de Dios el Hijo:
Leccion cuya palabra determina
En las almas profundo regocijo,
Y en ellas hace con fecunda vena
Dulce el llanto y benéfica la pena.

Vió de la misa el sacrificio santo
Renovado á sus ojos cada dia,
Ceremonia que al reino del espanto
Atormenta con cólera sombría;
Sintió de las palabras el encanto
Que en el púlpito el preste le decia,
Y de Dios el espíritu á su mente
Bajó y de dudas despejó su frente.

Y amó la religion que le ofrecieron,
Y dirigió fervientes oraciones
Al Dios que los mortales espusieron
Clavado en una cruz entre ladrones:
Y de los justos que en la tierra fueron
Modelos de cristianas perfecciones
Se esforzó en imitar la santa vida
Abstinentes, devota y recogida.

Y vió su celo Dios, y del asiento
Do lo contemplan los celestes coros,
El ósculo de paz con cuyo aliento
Blando se enjugan los humanos lloros
La envió, luz de celestial contento,
Bien superior á todos los tesoros,
Y por eso en angélico sosiego
Dura feliz el alma de Juan Diego.

En union casta de su esposa al lado
En el humilde Tulpetlac vivía,
Haciendo mas remiso que agravado
Y malestar comun la compañía:
Allí de las molestias separado
Que ofrece el mundo en su espinosa vía,
Escatimaba en su miseria dones
Con que atraer agenas bendiciones.

Blandas y dulces sus palabras eran
Como miel de aromático romero,
Nunca en sus ojos destellar se vieran
Llamas de envidia ni furor artero,
Tranquilo como roble que no alteran
Airados vientos, manso cual cordero,
A su Criador oraba cada dia,
Y Dios afable su oracion oia.

Y aun antes que la plácida alborada
Bordase el cielo con sus rosas bellas,
Cuando en frio vapor su luz velada
Titilaban medrosas las estrellas,
A México por ruta acostumbrada,
Cien veces ya cubierta con sus huellas,
Iba Juan Diego á su deber atento
A presenciarel sacrificio incruento.

En la mañana de apacible dia,
Grande y feliz del mundo en los anales,
Juan Diego á Tlaltelolco dirigia,
Como siempre, sus pasos: los breñales
Del Tepeyac contaban de la via
La estensa línea en lomos desiguales,
Y en medio de ellos pavoroso risco
Semejaba fantástico obelisco.

Y siempre que á la vista de Juan Diego
El áspero peñon se presentaba,
Bajos los ojos, fervoroso ruego
Al Dios que le indicaron levantaba:
Que antes en aquel sitio el error ciego
En forma horrible entronizado estaba,
Y un templo de sangrienta idolatría
Allí su mole pavorosa erguía.

Trasmontaba el indígena contrito
El solitario cerro, y diligente,
Tras la erizada ceja de granito
Había dejado el luminoso oriente;
Cuando un portento raro é inaudito
Sus pasos atajó, movió su mente,
Y dió tal nombre á aquellas soledades
Que no será olvidado en las edades.

Del aire la quietud súbito altera
Grato raudal de célica armonía;
Responde en ecos de placer la esfera
Teñida ya con el fulgor del día:
Adelántase el sol en su carrera;
La tierra se estremece de alegría;
Luz milagrosa al Tepeyac descendiende,
Y nueva aurora en su confin enciende.

Daban aquella luz y aquellos sonos
Goces para el mortal desconocidos;
Placer á cuyas gratas perfecciones
Jamás se abandonaron los sentidos:
De Juan Diego á las dulces emociones
Los ojos á la vez y los oídos
Tienen atentos en sabrosa calma
Paralizado el cuerpo, absorta el alma.

Conoció en el instante que aquel bello
Haz de luz y la grata melodía
Eran de Dios altísimo destello
Que sus favores á la tierra envía:
En su humillada frente santo sello
De temor religioso se veía,
Y conmovido el corazón, no osaba
Hollar el suelo que su Dios miraba.

Un iris de magníficos colores
Desplegóse á sus ojos de repente,
Asentando en celages brilladores
Su coruscante curva: mansamente
Como voz de Favonio entre las flores,
Una voz de mujer hirió el ambiente,
Y sus alas los zéfiros plegaron,
Y las aéreas místicas cesaron.

Era una voz aquella que el oído
Con dulcísimo timbre regalaba,
Y al pliegue mas profundo y escondido
Del alma sin esfuerzo penetraba:
Voz que jamás en su repuesto nido
Con son tan bello el ruiseñor lanzaba,
Y ni logró, siquiera en leve parte,
Sentir el gusto ó remedar el arte.

“Dónde vas hijo mio?” con acento
De sublime simpática ternura
Dijo la voz. Desde el profundo asiento
Estremeciósela montaña dura,
Y Juan con obediente movimiento
A la cumbre que viva luz fulgura,
Tornó, sintiendo en éxtasis de amores
Dentro del pecho el corazón temblores.

Y al levantar sus ojos, con humana
Forma, si bien con magestad divina,
Amable cual la luz de la mañana
Cuando la sombra del zenit declina,
La Emperatriz del cielo soberana
A su vista en mitad de la colina
Se presentó, llenando con sus huellas
Del calvo monte la estension de estrellas.

Era su manto compendiado cielo,
Estrellado su azul de fina plata;
Bajo sus plantas, sin tocar el suelo,
El arco de la luna se dilata:
Bella aureola que en copioso vuelo
De rayos de colores se desata,
En contorno los aires ilumina,
Marco precioso á forma tan divina.

¡O torpe musa mía, que avezada
A cantar las bellezas de la tierra,
No sabes la beldad inmaculada
Que la celeste aparición encierra,
Celebrar! Que por mas que fatigada
Luchando estés con tu anhelar en guerra,
¿Qué notas podrás dar al arpa mía
Tan dulces como el nombre de María?

¿Cómo podrá la mente del poeta
Hallar camino para empresa tanta?
¿Quién á medida terrenal sujeta
Perfeccion que á los ángeles encanta?
¿Quién con humanas voces interpreta
Lo que solo de Dios la lengua santa
Puede decir? Mi mezquindad deploro;
Mas me vence el temor: callo y adoro.

Silencio! adoracion! eso nos toca
A nosotros, mortales de este suelo!
Bese la tierra la profana boca
Ante la augusta magestad del cielo!
Para decir la palabra es poca,
Tibia la inspiracion, menguado el celo;
No del respeto el valladar quebrante
Mi voz; calle el mortal, y el ángel cante.

Baste decir que la vision aquella
Que apareció, á Juan Diego en su camino,
Puerta del cielo, milagrosa estrella
De los mares, lucero peregrino
De la mañana, fuente do destella
Toda la gracia del amor divino,
Todo el reflejo del eterno día,
Era de Dios la madre, era María.

María en cuyo nombre bienhadado
De todo bien la perfeccion se nombra,
Desterrando del cielo dilatado
Con su presencia la menguada sombra,
Y ofreciendo á su planta el abrasado
Querubin del Señor viviente alfombra,
Con voz que goza en escuchar su hijo
Estas palabras á Juan Diego dijo.

“Dónde vas, hijo mio muy querido?”
Y al escuchar el celestial acento,
El flaco corazon robustecido
De la inocencia por el noble aliento,
Dijo el indio: “Señora, dirigido
A Tlaltelolco va mi rumbo, y sienta
Que lejano su término aparece,
Y el tiempo falta y la impaciencia crece.

“Allí voy á escuchar esplicaciones
De leyes inmutables y sagradas,
De altísimos misterios, por varones
De docta lengua á mi rudeza dadas:
Mi humildad se complace en las lecciones
Por ellos dichas y por Dios dictadas;
Voy á gustar de la verdad los bienes;
Vé si otra cosa que mandarme tienes.”

“Hijo mio, con rostro placentero
La Virgen respondió, yo soy María,
La inmaculada madre del Cordero
Que abrió á los hombres la celeste vía;
Para morir pendiente del madero
De la cruz, de mi seno salió un día
El Santo de los Santos, cuyo nombre
Repite el ángel y venera el hombre.

“Quiero que en este sitio se me eleve
Templo, do estable mi favor resida,
Templo bendito que mi nombre lleve
Y do luzca mi imágen: tan cumplida
Merced daré, tal bien haré que pruebe,
Al que me implore aquí con fé rendida,
Que las naciones con celoso espanto
Dirán que no por todas hice tanto.

“Quiero que el Tepeyac afortunado
Porque en mi nombre convertido sea
En tienda de salud donde apenado
Acuda siempre el que suspire y crea;
Que aquí, cual en turibulo sagrado
Arder incienso de oracion se vea,
Y estén siempre por altas bendiciones
Subiendo preces y bajando dones.

“Yo soy la madre del amor divino
Que sobre el mundo ya bondad derrama;
Yo abrevio de los males el camino
Y alegre el corazon de quien me ama:
Por eso en este suelo peregrino
Do encender quiero de mi amor la llama,
Voy á estender mi manto de consuelo,
Voy á sembrar la bendicion del cielo.

“Yo enjugaré los llantos del que lllore
Y aliviare las penas del que pene;
Ninguno habrá que con fervor me implore,
Que en santo gozo el corazon no llene:
Yo impediré al incendio que devore
Vuestro hogar, que los aires envenene
Con su aliento letal la peste impía,
Y que abraze las campos la sequía.

“Yo atenderé á la voz del que me llame,
Y al ruego accederé del que me ruegue,
Y nadie habrá que dolorido clame
Gracia pidiendo que mi amor le niegue;
Yo haré que nunca con astucia infame
La falsa ciencia vuestros ojos ciegue,
Y haré que conserveis en pura calma
Sencillo el corazon, tranquila el alma.

“Vé, pues, ó mensajero afortunado
Para tan altos fines elegido,
A México; refiere á su prelado
Todo cuanto aquí has visto y has oido;
Harás en ello cosa de mi agrado,
Y mi favor por ello tan cumplido
Tendrás, que de tu vida transitoria
Al mundo dejarás santa memoria.”

Dijo. El Indio con ósculo piadoso
Sellando aquella tierra consagrada,
El labio yerto, el corazon medroso,
Y de terror el ánima embargada,
Calló y obedeció: pronto el penoso
Camino dejó atrás, y ya en la entrada
De México el cansado pié ponía
Finada el alba, en plenitud el día.